

RECUERDO

Á

D. ANTONIO ARZÁC

CUANTO más pasa el tiempo, y cuanto mayor es la trayectoria que hemos recorrido desde la muerte del amigo inolvidable, del poeta y del donostiarra ilustre, más grande é intenso es, si cabe, el sentimiento que embarga nuestro espíritu.

¡Es tan pequeño lo que a diario contemplamos en este triste cinematógrafo del mundo! ¡Tan contados son los corazones con los que podemos expansionar nuestra alma, que al meditar un momento tan sólo las virtudes de aquel amigo inolvidable hasta la muerte, su lealtad, su cariño verdad y su corazón noble, como noble era su origen, nunca podremos exclamar y preguntar con más oportunidad: Señor! ¿Por qué nos dejáis tan solos!

Arzác vive en nuestro recuerdo coino algo que jamás se olvidará. Arzác fué poeta, y su poesía no era sino la continuación misma de su sentimiento y de su cariño. Ternura exquisita, y bondad inagotable, estas eran las características de su vida coino hombre y coino literato.

Su nombre fué popular, queridísimo y, sin embargo, ya no somos más que contadas plumas las que nos acordamos de él. Nada hay más sencillo ni más sentido, que lo que Arzác cantó en versos inmortales, y lo que hoy precisamente debieran saber y recitar hasta los niños de todas las escuelas, «Josecho», «Marichu» y otras tantas bellísimas poesías, tan sólo comparables á la delicadeza de un Lamartine y á la fe de una Santa Teresa de Jesús, yacen olvidadas sin que se pueda hacer de ellas ni siquiera una edición de alguna importancia.

Y es que Arzác era un espíritu superior á la vulgaridad ambiente; Arzác no perteneció jamás á la mayoría, y por eso, sin duda, es demasiado delicado el manjar de sus bellísimas composiciones.

No pretendemos dedicar este artículo á comentar la admirable sencillez de sus poesías que, cual los remansos, regatas y arroyuelos de las montañas vascongadas, á las que tanto admiró y cantó en versos inmortales, alegran el alma de quien las lee; no es este nuestro propósito. Pero no podemos dejar pasar el aniversario de su muerte sin dedicarle estas modestas líneas de recuerdo á aquel leal amigo, que jamás colocó más que rosas en nuestras manos; ¡jamás una espina!

Llegará el momento en que le dedicaremos algo, muy poco de lo que Arzác mereció y merece hoy con mayor motivo, si cabe. Sentir es vivir. Vivimos, pues, con su recuerdo imborrable, porque sentimos y sentiremos mientras vivamos, el dulce néctar de aquel cariño único, de aquel corazón inmenso que, aunque lloró ante las injusticias y olvidos, nunca hizo llorar á los que quiso. ¡Descanse en paz!

ADRIÁN DE LOYARTE

